

# La maga que perdió su varita

Anoche Anadue soñó una historia que le conmovió el corazón.

De estar en su habitación, pasó a estar en el Reino de Cristal. Allí vio seres fascinantes y también rostros conocidos, se encontró con un sinfín de magos, el mago Merlín, el mago de Oz, las hadas magas de la bella durmiente, y para su sorpresa, también vio entre ellos a alguien muy especial para ella: su abuela.

En su cabeza surgieron miles de preguntas acerca de la aparición de su abuela en aquel reino.

¿Qué hacía allí?, ¿sería su abuela una maga más?

Muy pronto adivinó la respuesta a sus preguntas, su abuela estaba allí porque era también una maga. No una maga de fantasía, ni una maga de



las que podían volar, pero sí una maga de cuento.

Su abuela era la maga del cuento de su vida.

Aradue siempre fue una niña dulce, cariñosa y sensible; cuando era pequeña y lloraba sin parar sin que nadie supiera el por qué, llegaba su abuela, la arropaba en sus brazos y callaba sus llantos al instante con un dulce beso. Cuando no quería comer la comida que su madre le preparaba, ahí estaba su abuela, para dársela cucharada a cucharada sin que ella manifestara ninguna queja. Pero su abuelita no solo sabía hacer esos trucos, también podía hacer aparecer en una simple cazuela comida para veinte cuando en principio iban a ser diez, y que todo siguiera teniendo un sabor exquisito y una cocción perfecta; también era capaz de quedarse con sus seis nietos durante un día entero sin que hubiera ningún percance ni alteración. En fin, la abuela de



Aradne era toda una maga que no tenía nada que envidiar a las de fantasía.

Cuando Aradne se encontraba en aquel maravilloso reino, se percató de un detalle que paralizó sus pensamientos: todos los magos y magas llevaban una varita, todos menos su abuela. Pensando y pensando, la dulce chica encontró el por qué de aquella situación.

Como en todo cuento, siempre tiene que haber una bruja, y en el sueño de Aradne también apareció. La bruja guardó la varita a su abuela y una triste enfermedad de ella se apoderó.

Desde hacía varios años, a su abuelita algo le ocurría. Algo que mantenía desordenada su cabeza pero no su corazón; a partir de su diagnóstico todo cambió, el alzhéimer comenzó por poco y terminó envolviendo toda su vida como un oscuro manto.



Todo cambió. Empezó a hacer cosas extrañas, a perder memoria, e incluso a olvidar los nombres de sus familiares. Todo era mezcla y desorden; Jorge pasó a ser Juan, Clara pasó a llamarse Sofía, y a Luis, que no tenía ni doce años, le preguntaba si ya había venido de trabajar; e incluso a Aradne le decía: ¿quién es esta que viene con vosotros?. Esa pregunta a ella le partía el corazón. ¡Soy yo abuela, soy yo!, le decía continuamente.

Fueron años duros, pero de toda esta experiencia Aradne aprendió que, aunque ya no tuviera su varita, nadie arrebataría a su abuela de su corazón, porque no hay magia más poderosa que el profundo amor.

